PRIMERA ENTREGA DE ESPERANZA

RAFAEL DUARTE: *Vuelo de prueba*. Imprenta Bellido. Cádiz, 1978.

Esta primera entrega poética de Rafael Duarte (San Fernando, Cádiz), pone, en principio, de manifiesto tres cosas: cómo inicialmente convienen las buenas influencias; de qué manera, y a través de ellas, puede conseguirse una voz personal que en la nueva propuesta las dilucia y, por último, a qué nivel de influjo sigue funcionando todavía la promoción del 50 sobre un área determinada de nuestra poesía joven. La primera y tercera cuestión son constatables en la primera parte de este libro, que se presenta con vehiculación viva, preferentemente a través del octosílabo o el heptasílabo. Hay una confesionalidad directa y asombrada, un rapto de esperanzada certidumbre epifánica o un deslumbramiento frutal, descubridor, a lo Carlos Sahagún. Una expontaneidad de calado solidario, de espigada luminosidad e intuitiva posesión de lo múltiple cotidiano a lo Eladio Cabañero. Y, finalmente, en consonancia con el recorrido del apartado en su última fase, un reflexionado enraizamiento con el entorno a lo Claudio Rodríguez. La segunda se manifiesta, con el inevitable lastre que acarrea el tránsito a una alocución más propia, en el siguiente capítulo no separado por indicación alguna. El tercer apartado —insisto en que son divisiones que solamente trazan las diferencias tonales— es, sin embargo, más bien contingencial y creo que incorporado como relleno, nada o poco representativo de la línea que va a seguir Duarte. Por fortuna esta parte consta sólo de dos poemas y ambos premiados, por lo que, aunque la circunstancia no implique necesariamente desmedramiento, la impresión de ocasionales se verifica en el hecho mismo, y fortuito, de ser "carne de concurso". Desde luego donde mejor se encuentra el poeta y más clara noticia de su futuro nos da, es precisamente en la primera parte, en la que conta sin las ataduras lógicas que impone el cambio hacia su conformación más auténtica. Hay versos de deslumbrante plasticidad ("Una ciudad con prisas / no se acostumbra / a un parque"). Y, a veces, las metáforas son de verdadero orden generativo ("Siempre / se regala una flor / a una niña / y su sonrisa copia / un poco del aroma"). Estos mínimos ejemplos ponen a las claras que Duarte, fundamentalmente, cuenta con la intuición y la sensibilidad. Y que de su abundamiento depende casi en exclusiva la transportabilidad del mensaje, al no contar con otros elementos de soporte, pues se adivina, por ejemplo, una falta clara de lecturas correctas que, indudablemente, potenciarían su lenguaje, su consistencia predispuesta amenazadamente para el aprendizaje rápido. Y, no obstante, hay que decir una cosa importante, aclarativa sobre ciertas dudas posibles entrevistas en las líneas que anteceden: Duarte no es un poeta en embrión ni mucho menos, negación que explica su experiencia lírica y, como contrario, sus deficiencias culturales, porque el poeta verdadero siempre está asistido por los recursos imprescindibles para una manifestación digna aunque se limite en la ausencia de los que deben ser adquiridos, al fin enriquecedores.

ANTONIO HERNANDEZ

BREVIARIO INTIMO

ANA DEL VALLE: *Escorzos*. Gráficas Cuevaga. Avilés, 1978.

Ana de Valle, asturiana nacida con el siglo, viene probando, a través de una obra no amplia pero sí intensa, que la poesía se ha hecho en ella costumbre y destino. Desde su ya lejano **Pájaro azul**, hasta el más reciente **Al compás de mis horas**, esta mujer, zarandeada por los mil avatares del vivir, haciendo gala de un verso sencillo y claro, ha dicho su verdad, sin otro lujo que el de su propio sentimiento. En este aspecto, **Escorzos** es quizá su libro más desnudo, más sobrio. Se trata de un puñado de poemillas en torno a la soledad, en los que el verso suelto, liberado, alivia aridoces al recurrir a —o al aceptar— una rima guadiánica, que parece cohesionar algo más la escritura. No obstante, la poetisa se complace precisamente en la falta de ataduras:

Qué goce
dejar que la pluma exprese,
a su aire,
todo el sabor del verso,
sin ligaduras,
sin adornos,
sin medida,
¡sin nada más que su propia
sangre!

Escorzos resume una queja, un llanto sin desgarros. Hay unas raíces que se secan, hay una mano que se cansa, hay unas horas desiertas, hay unas ausencias irremediables; y la mujer que aguarda las cuenta —reloj implacable— y nos las cuenta, entrecortadamente, con serenidad lastimada, nunca lastimera. "Es difícil el ocaso / de la vida...", dice; y en otro instante: "Son tan largas las tardes / y tan denso el silencio..."; pero, en esa soledad, el alma sensible halla compañía: el rescoldo amoroso de ayer, la nostalgia de lo no vivido y, siempre, la poesía: "El verso / nunca dejará de ser canción / sobre la tierra."

Lo que Ana de Valle nos regala, pues, en esta entrega, no es sino un breviario íntimo, un cuaderno de apuntaciones entrañadas, de reflexiones signadas por las tristezas y, a veces, por los desengaños, mas nunca por la desesperanza. "Es suave / el color que lo rubrica", señala, con razón. Y ello, porque ha sabido culminar su aprendizaje. Escribe:

La soledad, acostumbrada;
el verso
leve, transparente.

Y resume su hacer.

CARLOS MURCIANO

UNA CONTEMPLACION MELANCOLICA, ANTE EL TIEMPO

CARLOS MURCIANO: *Del tiempo y soledad*. Edición del Ayuntamiento de Madrid, 1978.

"El tiempo es sangre, el tiempo circula por mis venas", dijo Miguel Hernández, y lo dice también Carlos Murciano, al empezar este libro que se acoge, desde su título, a esa melancolía.

No única, pero sí muy importante en el mundo poético de Murciano es la emoción íntima de lo diario y pasajero, ese agriculce agobio de la existencia. Un volumen suyo singularmente representativo es, para mí, el titulado **Un día más o menos,** turbadora indecisión muy andaluza que, del título, pasa a la vida.

Carlos Murciano comenzó a escribir hace veintiocho años. Su primera entrega —**El alma repartida**— apareció en 1950. Es un poeta que, por derecho propio, pertenece a la primera fila de la llamada generación del 50. A mi juicio, no debe excluírsele nunca en los repasos críticos que se hagan a esa generación, porque supone en ella un tono personal. Tono que, como en el nuevo libro, nos llega emotivamente expresado, más denso ahora por una suerte de comprensión de la inevitable soledad. Excelente sonetista —y me gustaría escribir un día largamente en defensa de esta estrofa perfecta, tan desacreditada para algunos, pero a la que vuelve siempre la poesía—, sus sonetos fluyen con facilidad —que no excluye, al revés, entraña y presupone disciplina y rigor— y nos ganan a las primeras de cambio. Asimilamos rápidamente sus imágenes, que a veces se complican con sinestesias o juegos y aliteraciones, pero que tienen la virtud de acomodarse domésticamente a nuestra receptividad. Nos damos cuenta de que, bien mirado, de todo cae —como nos dice uno de estos versos— un poco de ceniza. Es la ceniza de lo que fue, de lo que ya no está, porque vamos avanzando siempre —y estos poemas parecen hacer de esa comprensión— con técnica de tierra quemada. Por eso leemos este endecasílabo: "Con cada amanecer, yo me anochezco." De suerte que el poema surge del contraste de lo ajeno hacia la luz y de lo propio hacia la sombra. Patético contraste que nos lleva a la convicción dimanante de otro verso: "vivir es un atrevimiento mortal". Sentimiento muy compartible: estamos ante una poesía de matiz existencial, pero sin filosofías, sin metafísicas; más bien con sensualidad: "los blancos dientes que mordieran besos", es otro endecasílabo, bien gongorino, que auna lo elegíaco y lo erótico". Por eso los paisajes, las contemplaciones artísticas o las localizaciones ciudadanas, son asumidos en los poemas de Carlos con regusto amoroso, como arrastrándolos tentadoramente a la complicidad.

Antes aludí al andalucismo de Carlos Murciano, y conviene añadir que, como buen poeta andaluz, su verso conoce la gracia de la feliz retórica. Pero él es un andaluz más de penas que de alegrías y esto, unido a la cuidada forma y las bellas imágenes, nos lleva a pensar en un esteticismo trascendentalizado (más de escuela rondeña que sevillana, por así decirlo tauromaquia en mano). Un ejemplo: el impecable soneto a una estatua romana:

Bajo la lluvia del invierno, llora
el mármol que una mano modelara:
nunca más blanco el vientre de Carrara
se abriera para el hombre como ahora.

La lluvia se humaniza, y aunque comparar lluvia y llanto sea relación tópica, su importancia en este cuarteto es que el llanto se traslada por animismo al mármol. La presencia del hombre vuelve con la alusión a la mano del escultor, y la hipérbole que potencia la blancura de la estatua se complementa con la sinécdoque "totum pro parte", que suscita nuevas referencias a la creación con la palabra **vientre.**

Senos que ayer besó la vencedora
boca mortal de la herramienta; cara
donde unos ojos huecos alumbrara
el dorado temblor de cada aurora;

Un regusto sensual pasa por los senos contemplados de la estatua, que fueron, en el modelo, senos vivos y deseados, como los ojos que vieron —que no vieron— la sensual luz dorada. Pero el gran acierto de la estrofa radica, para mí, en hacernos gustar el temblor erótico de una boca humana —**mortal**— por los senos femeninos, y, de pronto, cortar esa emoción haciendo aparecer otra boca: la de la herramienta, humana asimismo en cuanto que es manejada por el escultor.

Continúa el soneto, en sus tres versos siguientes, relatando los fracasos eróticos del bello cuerpo pétreo:

brazo que al aire se ciñó, cintura
que no llegó a sentir la calentura
de otra clara cintura, cuerpo ciego...

sintetizando en las dos últimas palabras —**cuerpo ciego**— la imposibilidad de la belleza marmórea para el gozo sensual que su contemplación, y sobre todo el recuerdo del modelo, nos despierta, y concluye todo ese esteticismo, como decía antes, en la consideración trascendente sobre el destino humano, sobre el que pasan el amor para nada. Desilusionado o ascético, el soneto se cierra así:

Un día, como a ti, materia erguida,
creyeron darme amor y darme vida.
Y, como a ti, me abandonaron luego.

Una duda nada más nos deja el poeta: saber si la expresión **materia erguida** se atribuye solamente a la estatua, o a la estatua y al hombre por igual. En el matiz, hay nada menos que una cuestión teológica, pero es indudable que la segunda hipótesis resulta profundamente más patética.

El libro, que tiene tres partes, reúne en la tercera poemas de verso blanco e irregular. También, como los sonetos, se deshacen un poco en humo, en ceniza de nostalgias de vidas, propia o ajenas, en atardeceres, en trances inevitables de sombra. El poeta ve con cierto esceptismo, un aquarium o la pintada callejera. Y mira llover sobre la ciudad, como un día Verlaine, porque, al fin y al cabo, "quién que es...", y Carlos Murciano busca a veces la ayuda de un romántico tan puro como Luis Cernuda, para glosar estas ideas o estas emociones: "Todo lo que es hermoso tiene un instante y pasa"; y es conmovedor recordar: "antes de que a mi alma la destrone el olvido".

Este es el talante del libro y éstos son algunos de sus aciertos. Uno y otros —talante y aciertos— bastante representativos de la obra, ya extensa, de Carlos Murciano.

LEOPOLDO DE LUIS

LA LIRICA SOLAR DE JOSE LUPIAÑEZ

JOSE LUPIAÑEZ: *Río solar*. Col. "Anade" número 4, Antonio Ulargo. Editor. Granada, 1978.

La poesía última, aquella que cogió la antorcha olvidándose de pronunciamientos de anteriores generaciones —salvo los casos heraldos que supieron adelantarse para discurrir en un presente continuado—, es la que sistematiza su concepción del fenómeno poético, independizándose de todo aquello que no responda a un conocimiento, dimanante del propio poder superador del lenguaje. Ello no es nuevo; mas tampoco muy cercano, como para no responder a la sensibilidad peculiar de las poéticas bisoñas. Es un nuevedoso continuismo del concepto de la poesía.

Ya sabemos que algunos amorosos de relevantes poetas, sobre todo dos del 27; la revisión de algunos románticos foráneos, y los